

La niña no paró de saltar y gritar desde que la carta llegó. Corrió por toda la casa, por todos los rincones, lo vociferó en los balcones, expresó y declaró su dicha por todos los lugares.

El pueblo entero se engalanó al momento de saberlo, se colgaron flores, sonaron las campanas, ¡Que grande el júbilo de que una niña del lugar fuera seleccionada!

Y no era para menos, ¡Quien no hubiera querido partir hacia allá! Hacia ese palacio blanco entre callejuelas sin nombre, a ese oasis de belleza y felicidad entre una ciudad cualquiera de 1910. ¡Quien no hubiera querido partir hacia el Carmen Rodríguez-Acosta!

Hacía unas semanas, habían sido colgados en los periódicos de todo el país anuncios en los que se mostraba el interior del palacete, antes nunca mostrado, y en los que se ofrecía estancia, cuidado y enseñanza a once niños de cualquier edad que desearan aprender el arte de la pintura más que nada en el mundo. Más de un millón de jóvenes de todas las ciudades, razas y niveles económicos habían acudido a las pruebas, que consistían en escribir en un pequeño papel sus sensaciones cuando tomaban papel y lápiz y trazaban las líneas.

Alicia Gomez Bustelo era una niña de cabellos color cobre y grandes ojos azules. Su familia no destacaba por poderío económico, ni por bondad, ni por tener alguna relación con algún personaje público conocido. Es más, los Gomez Bustelo no destacaban en nada, salvo en tener un pequeño corral con cinco gallinas y dos vacas y vender sus productos en el mercado del zoco, en Granada. Pero la hija menor de la familia si que destacaba en algo, y era su amor por la pintura. Nadie se había percatado nunca de que pintaba figuras en el barro de la calle, ni tampoco de que dibujaba a los pequeños pollitos en su cama cuando la noche se cernía sobre la ciudad y nadie se percataba de su insomnio. Todo el mundo descubrió su gran talento cuando fue seleccionada para marchar al hermoso Carmen y ser discípula del maestro Jose María Rodriguez Acosta.

En su maleta no metió más que dos vestidos que cosió su madre para el día a día, uno para las ocasiones especiales, dos medias y un par de zapatos. En otro lugar se la habría ridiculizado por su escasa vestimenta o por su limitado conocimiento de la educación, pero allí los once diferentes niños estaban única y exclusivamente para pintar.

La vida en el Carmen no era perfecta, claro está; debían levantarse a las siete, lavarse, vestirse, desayunar y preparar sus lienzos para la jornada, pero aunque otros niños de más altas alcurnias se quejaban, Alicia aspiraba los rayos del sol y se dedicaba a plasmar en cuerpo y alma lo que veía a su alrededor, siguiendo atentamente las exclusivas técnicas que daban sus profesores.

Jose María bajaba todos los días al jardín para contemplar como sus pupilos dibujaban las flores y las fuentes, bajo la atenta mirada de las profesoras Doña Lucinda y Doña Liliana. Nunca hablaba, simplemente los observaba y sonreía, y muchos de los alumnos se impacientaban al ver que pasaban los días y el maestro no les decía nada. Pero el pintor esperaba pacientemente encontrar en uno de sus discípulos el alma innovadora y ardiente que buscaba, hasta que el día menos pensado, la encontró.

-Ah, señorita Bustelo, activa usted mis nervios- le dijo irritada doña Lucinda mientras observaba como la niña inclinaba levemente el arco de herradura a la derecha -¿Por qué sombrea así el arco? Y no lo fuerza, parecerá que el modelo está mal construido. Tiene usted mucho talento, no lo desperdicie.

Alicia bajó la cabeza azorada, pero no cambió su pintura. Le parecía que daba profundidad al lienzo, y no quiso que se asemejara a otro tipo de arco. El pintor paseaba por allí, y al ver a la solitaria niña dibujando tan concentrada el arco se acercó.

-¿Qué dibujan tus manos con tanto tesón, pequeña?

Alicia se giró alarmada, y al ver a su maestro se quedó tan muda que palideció. Nunca le había dirigido la palabra, ni a ella ni a nadie.

-Hago arte- tartamudeó, sin mucha convicción, ya que había oído esa misma frase a doña Liliana mientras hacía un bizcocho. José María se rió.

-Lo haces, sin ninguna duda, por eso estás aquí. ¿Qué sería de la vida sin el dibujo? Muchos dicen que la pintura no es el único arte que hay, pero existen muchas maneras de pintar arte en el lienzo de la vida.

-¿Qué quiere decir?- contestó la niña, aún asombrada.

-Acércate.

Los dos pintores fueron hacia las columnas que Alicia retrataba, y pudo comprobar que el arco que había sobre ellas estaba repleto de pequeñas palabras entrelazadas en un idioma desconocido, el árabe. El maestro rozó con la punta de los dedos la caligrafía, y habló lenta y profundamente.

-Esto es el ataurique, mi pupila. Era una escritura antiquísima que los musulmanes tallaban en las esculturas. ¿Qué ves aquí?

-Letras- le respondió, confundida.

-Exacto. ¿Y qué son las letras?

-Dibujos- contestó, haciéndose una ligera idea de a lo que su maestro se refería. El hombre sonrió.

-La escritura es el arte más prodigioso e importante de toda la historia del mundo. Y son símbolos, pequeños dibujos que, mágicamente, al unirse, forman palabras que pueden cambiar la vida de una persona. La escritura es pintura, y al fin y al cabo es un arte dentro de otro arte. ¿Qué es la música? Puntos negros dibujados sobre un pentagrama. ¿Qué es la arquitectura? Dibujos en la piedra. ¿Qué son las ideas y los pensamientos? Creaciones dibujadas en la mente. Lo único que necesitamos en la vida es saber dibujar. Y si sabemos dibujar sabremos escribir, esculpir, hacer música, pensar y amar lo que hacemos, que es todo lo que nos rodea.

Alicia meditó ese discurso durante mucho tiempo. Pensó en él cuando siguió su formación en una exclusiva escuela en Madrid. Pensó en él cuando viajó a París a aprender de los grandes maestros. Pensó en él cuando ganó premios, fundó galerías, inspiró a personas. Pensó en él cuando se casó, cuando tuvo hijos, cuando pintaba en el jardín de su casa, recordando los días en el Carmen. Incluso pensó en él cuando murió en paz, en una cama rodeada de gente que la admiraba. Pensó en él en todo momento, y le sirvió para vivir en paz con el mundo y con las personas.

Porque todo lo que hacemos es arte, arte dentro de otro arte, al fin y al cabo.

Begoña Delgado Oyonarte

Taller de literatura y Patrimonio

Fundación Rodríguez-Acosta, 3, julio, 2015.